

que envidiarían los Reyes de otras partes, se encuentran sin un asilo, peor tratados, no ya que los domésticos, que los animales de la real casa, como si hubiera empeño en aumentar su cólera, y provocarles evocando los recuerdos de esas largas y oprobiosas humillaciones que han oscurecido la Historia y han amargado la vida de los pobres pueblos. Los representantes, pues, del pueblo no tienen asilo donde deliberar. Poco á poco se han ido congregando á una en medio de la calle y departiendo airados entre sí en la comunicación de sus mutuos sentimientos é ideas, todos por igual ofendidos en sus personas y en su despierto y vivaz espíritu de cuerpo. ¿Dónde irá esta masa de cóleras, de rabias, de venganzas? ¿Dónde se presentará este cometa que no amenace siniestramente y no anuncie una pavorosa catástrofe? El expediente adoptado no podía ser más pueril. En medio de la tormenta, cuando las pasiones tocaban hasta el cielo, y abrían abismos profundísimos, oponíanles necias niñerías: un maestro de ceremonias, algunos heraldos, varios tapiceros. ¿Dónde estás, Luis XI, tú, taimado, cruel, sanguinario, pero grande? ¿Dónde se ha ido el genio de Richelieu que luchara con tantos poderes y los venció á todos? ¿Qué se ha hecho de aquella finura italiana y de aquella habilidad florentina con que Mazarino consideraba la obra magna, la supremacía de Francia? ¿Qué es del talento de Enrique IV y hasta la majestad teatral de Luis XIV? El genio de lo pasado, el representante de las castas, el hijo de cien Reyes; el que personifica la secular autoridad y la fuerza y la conquista, ungido por innumerables sacerdotes, consagrado por religiones descendidas para él de los cielos; sombra inmensa de monumentos colosales, cuyo peso apenas podía soportar el planeta; ese Rey de la leyenda y de la tradición y de la Historia emplea, para conjurar el genio de lo porvenir que se alza relampagueante, para hundir al siervo recién salido de la ergástula que sube al nivel mismo del trono, para destruir la revolución del derecho que amenaza los antiguos privilegios, emplea por todo conjuro las fórmulas de la etiqueta, por todo instrumento y arma el martillo de los carpinteros y tapiceros, por todo ejército los maestros de ceremonias y los aparatosos heraldos. La risa se mezcla en todos á la indignación. Miles de proposiciones surgen del conflicto. Unos quieren que en medio del campo se verifique la sesión, á manera de lo que hacían los germanos y sus hijos los francos, resucitando así aquellas Asambleas de los antiguos pueblos bárbaros precursoras de las guerras; otros, que la plaza de Armas precedente al gran palacio sea testigo de las proposiciones que van á hacer y de los juramentos que van á prestar, y los lleve al próximo cuarto de la Reina; éstos, que se invada el palacio mismo y se ocupe aquella estancia del Ojo de Buey donde los cortesanos han conspirado taño contra los pueblos; aquéllos, que se trasladen como en procesión á Marly, donde Luis XVI se ha refugiado, y deliberen al pie de aquella gigantesca escalera, con el fin de que puedan ver los séres cuán decidida está la nación á no permitir ningún ataque á su soberana majestad.

¡Cuál alimento para pesimistas y murmuradores tamañas necedades monárquicas y cor-

tesanas! Por las noches, desde las tabernas á los cafés, y desde los cafés á las tertulias, todo se trueca en club, donde vibran las ideas, como zumban en los colmenares los enjambres. Así, levántase un rumor misterioso, muy cerca del palacio, que se parece al ronquido de un trueno continuo. Las noches aquellas en la capital de Francia, son relampagueantes noches. El estado de los ánimos asemejábase, por lo pesado y caloroso, á las horas terribles que preceden al estallido de una tormenta en mar ó en tierra. Las almas previsoras plañían, como las aves agoreras; lo presente, por las tristezas terribles que preparaba para lo porvenir. A esta fuerza orgánica de la opinión triunfante, fuerza vital como la que producen los jugos y las savias, que todo lo riegan y animan, oponían la corte y el Rey las fuerzas mecánicas de un ejército petrificado. El mariscal de los Reinos, Broglie, no aparece menos ridículo que la cabeza de los cortesanos, Brezzée. Con el Rey compartía la nobleza una inevitable impopularidad. Solamente reinaban sobre la conciencia pública dos nobles, Lafayette, á quien llevaban hacia el pueblo sus sentimientos y sus creencias; Orleans, á quien llevaban hacia el pueblo sus cálculos y sus ambiciones. Este último acababa por aquella sazón de convertir el jardín de su palacio en rico bazar, arrancando las antiguas alamedas, cuyas hombrías poéticas se trocaban en comercios prosáicos, como para inaugurar así la dinastía mercantil, que debió reemplazar más tarde la monarquía tradicional en el tránsito necesario nuevo al cesarismo pasajero y al régimen republicano definitivo. Con las tiendas de aquel célebre sitio, alternaban los tenduchos, los cafés, los mostradores de taberna, los garitos de todos géneros, los burdeles henchidos de vicios, las ahumadas tertulias nocturnas en que se congregaban políticos grupos, engendrados por los terremotos terribles del suelo y por los nubarrones eléctricos, á quienes se dirigía siempre un orador embriagado de alcohol y de ideal, que uniendo á los vapores del vino los vapores del pensamiento, sacaba con frases resonantes y verbo inspirado, chispas de revolución á los cerebros, y á los corazones exaltados sentimientos de combate. Para comprender lo que allí pasaría, basta recordar los nombres y divisas que tomaba todas aquellas reuniones. Había una, entre innumerables, denominada Club de los hidrófobos. Y ¡la corte creía posible cerrar estas bocas con las bocas de los cañones: Mas la tempestad era demasiado extensa para encerrarla dentro del cuartel de los guardias ó dentro del cuartel de los suizos. Y, sin embargo, los únicos que podían tener el necesario pararrayos y descargarla, llevándola sin estruendos y sin estragos á la tierra, los únicos, ó sea los diputados, hallábanse á la intemperie bajo la lluvia, entre las alamedas y los jardines regios sin hallar un asilo desde donde legislar, ellos, que representaban, y hasta eran por virtud de su autoridad delegada, toda la nación.

Mientras tanto, los aristócratas desde sus palacios atisban la reunión, escuchan el tumulto, comentan lo gracioso del caso, y se rien á mandíbulas batientes de aquellos pobres plebeyos, mojados, llenos de barro, en sus personas ofendidos, en su dignidad ultrajados,

que gesticulan, manotean y gritan. Tales ciegos no ven cuales días están engendrando las siniestras obras de aquel día terrible. No adivinan cómo aquella escena que creen ellos cómica, guarda las mayores tragedias quizás que ha registrado la Historia. Un local, por fin, se ha encontrado, el Trinqueto ó juego de pelota. Los nobles se rien, cuando debían temblar al ver cómo un pueblo entero escolta la Asamblea soberana con sus brazos por armas al humilde local indispensable hallado para su reunión. El espacio estaba completamente desnudo, como convenía de suyo al juego á que le destinaban: ni una silla, ni un banco. Los diputados deben estar de pie, y, por lo mismo el presidente rehúsa el humilde sitio que le ofrecen. Sólo una mesa de pino contiene los papeles, de prisa recogidos en la mesa del salón regio. Las galerías altísimas, que servían á los cortesanos para presenciar las partidas de pelota empeñadas por los príncipes, sirven ahora para contener al público que presencia la primera batalla entre la monarquía y el pueblo. Cuatro paredes desnudas, un pavimento tosco, una pobre galería, y en tan humilde sitio se afirmara un principio tan profundo y trascendental como el derecho que tienen los pueblos de gobernarse á sí mismos. No importa. Un aprisco sirvió de cuna al Redentor; pobre colina y choza por su parte á los pastores que fundaron la Ciudad Eterna. Todos los comienzos aparecen humildes en la Historia. Mas, el porvenir mirará con desprecio, quizás con odio, aquellas salas de Versalles, semejantes á lujosas decoraciones de teatro, donde maquinó la corte su entremés de sesión regia, y mirará con recogimiento religioso el sitio humilde, pero, sublime, donde naciera la libertad moderna. La primera palabra dicha en aquel momento, es el nombre de Brezé, del marqués de Brezé, maestro de ceremonias, especie de espantajo con que el Monarca quiere ahuyentar las nuevas ideas, y reducir la reunión de los Estados Generales á mera ceremonia. En efecto, el marqués de Brezé ha escrito muy temprano al presidente Bailly en este día, que la sala de sesiones se halla obstruida por mandato del Rey, resuelto á celebrar allí una sesión regia el lunes próximo, 22 de Junio. Bailly le ha contestado en el acto que, no habiendo recibido orden alguna ni decreto del Monarca, y citada la nacional Asamblea desde la tarde anterior, acudiría con exactitud á la cita solemne y celebrará la sesión donde pudiera y como pudiera. No trazaba las últimas frases de su respuesta, cuando ya oía la ronca voz de los heraldos. Después de todo esto, no ha de menester el sabio ilustre que preside la Asamblea decir ni una palabra para mostrar la soberbia del palacio ni los agravios inferidos al pueblo. Meunier, exaltado por la exaltación general, recogiendo toda lá electricidad que despiden aquellos corazones, agitado de la idea cuya explosión estalla en todos los labios, sobrepone su voz á las exclamaciones y á los rumores, para proponer que, vista la presencia de gente armada en el salón de sesiones; la omisión de todo género de respetos á los diputados, advertidos por pregoneros y anuncios; como todo el mundo, la necesidad de reunirse allí en aquel juego de pelota, cual si fueran rebeldes perseguidos y no soberanos verdaderos; la maquinación de intrigas conjuradas

contra los derechos del hombre y la soberanía del pueblo; la crueldad con que se lanza el Rey en una guerra increíble á los representantes del Estado llano; precisa comprometerse á desempeñar hasta el fin, cargo tan espinoso como el cargo de diputado, en presencia de Dios y de los hombres, con solemne y decisivo juramento.

Esta proposición resume la idea que vaga por todas las inteligencias y el efecto que domina todos los corazones. Ruidosa salva de aplausos estalla seguida de aclamación universal. En medio del entusiasmo se halla una de esas frases oraculares que las sacerdotisas antiguas despedían de sus labios agitados desde la trípode, donde las abrasaba el fuego de la inspiración. La Asamblea jura que ninguna intimidación podrá desconcertarla, y que, depositaria de la voluntad y del pensamiento de Francia, se reunirá donde quiera que pueda cumplir su cometido y dotar de una Constitución á su patria. Los tiempos aquellos son de fe. La sinceridad de los sentimientos reina con toda su virtud. Y de aquellas promesas hechas con las solemnidades de un acto religioso y en presencia de Dios, resultará un solemne compromiso que habrá de cumplirse, aunque sea derramando la propia sangre y ofreciendo á la palabra empeñada el holocausto de la vida. Los representantes, pues, de Francia, se sostienen unos á otros en este momento, y se comunican su fe, y se deciden á que la representación nacional sea verdad. Su juramento público sella el sepulcro donde está encerrado el mundo de la liturgia vieja y de los viejos misterios. Una grande nación está constituida por sí misma, sin necesidad alguna de la intervención de los poderes sobrenaturales, frente á frente de un trono. Este juramento, que electriza á todos, no es más que la viva consagración de su derecho. Es verdad que algunos incidentes perturban la marcha de la sesión mientras otros la realzan y elevan. Los diputados de Santo Domingo, aunque todavía no han podido presentar sus actas y presentarse á las sesiones, piden ser admitidos al juramento. Palabras de fraternidad y de ternura parten de todos los labios al ver conciudadanos venidos de tan lejos para sostener el derecho de los franceses á ser hombres y los derechos de Francia á ser nación. En medio de tal ceremonia, y cuando las tribunas aplauden á cada diputado que se presenta, mientras los diputados todos se abrazan y se sostienen mutuamente, presintiendo que van á entrar en gigantesca lucha, resuena un nombre que protesta del acto y se opone al juramento. Mr. Martin de Auch. Esta voz desconcertando la superior armonía, este diputado diciendo su protesta en medio del entusiasmo, la opinión estallando en el asentimiento universal, provocan esos gritos y esos clamores propios de los pueblos y de los hombres poco prácticos en el ejercicio de la libertad y en el convencimiento de sus contradicciones inevitables. Mas el presidente advierte á los demás el derecho que asiste al diputado y la obligación que todos tienen de respetar su albedrío con la expresión entera de su palabra y de su voto. Martín declara que para él todo acto de la Asamblea necesita la sanción del Rey. Un viva entusiasta sigue á esta invocación. La lucha se esboza ya en todos estos actos; pero no ha comenzado todavía. El

